

jante padre han de hacer olvidar muchos yerros de sus hijos. Como se debe la benéfica sombra del roble á la noble bellota de la cual nació, así deben verse los cimientos de la prosperidad que ha alcanzado la casa real despues, en la vida laboriosa y en el régimen sabio de este príncipe (1).»

No honró así la hermana de Federico II la memoria de su padre.

III. EL PRÍNCIPE FEDERICO COMO ESCRITOR

En 6 de agosto de 1736 establecióse el príncipe real con su esposa y corte en el palacio de Rheinsberg que su padre habia hecho restaurar y adornar con gusto. Allí se arregló una vida idílica, y dirigió su primera carta á Voltaire en 8 de agosto. El 19 del mismo mes escribió al conde de Mantuffel en Berlín: «¡Qué dicha poder escribir á V. desde Rheinsberg! Me parece que mi pluma corre mas libremente, lo mismo que mis pensamientos; me expreso con mas soltura que antes. Aquí hacemos una vida de campo que me embelesa y me gusta mas que la de la corte mas brillante; y ¡qué delicia cuando uno puede dar rienda suelta á su imaginación á despecho de todos los obstáculos!»

La dicha que Federico encontró en su nuevo hogar consistía pues en ocuparse en las cosas que mas le atraían; porque solo disfrutaba cuando habia trabajado y cuando los deleites animan á nueva actividad. En tan deliciosa posición, como no la habia gozado jamás en su vida, libre de cuidados y de trabas molestas, al lado de una esposa amante, en medio de una naturaleza hermosa, rodeado de amigos de talento como Jordan, Beausobre, Keyserlingk, etc., volvió el príncipe con seriedad, plan y método á emprender un estudio que habia empezado en marzo en Ruppín, y continuado con perseverancia á pesar de muchas interrupciones. Era el estudio de la metafísica de Cristiano Wolff, que le habia traducido al francés su amigo Suhm, ex-embajador de Sajonia en Berlín.

Hoy dia nos parece singular que el príncipe de mas talento de toda la Alemania se hiciera traducir al francés para entenderla, la obra de un filósofo alemán, que la habia pensado y escrito en su idioma patrio. Suhm conoció lo irracional de este trabajo, porque escribió en el mes de abril del mismo año: «El idioma alemán es mucho mas propio para argumentaciones metafísicas y abstractas que el francés; es mas rico en vocablos, menos expuesto á ambigüedades, y de consiguiente capaz de expresar todo pensamiento con mas precisión, limpieza y vigor.»

Esta filosofía, bien que en traje francés, interesó vivamente al príncipe real, segun vemos en una de sus cartas fechada en 27 de marzo en Ruppín, donde dice: «Empiezo á ver el alba de un nuevo dia aun envuelto en neblina. Veo la posibilidad de que tenga un alma, y aun la de su inmortalidad.» Goza el príncipe, segun dice en otra carta del 3 de julio, «de la libertad de poder confesar la filosofía con la cabeza erguida, sin temor del dómine ni de su férula, ni del espectro de la incredulidad. La razon recobra la autoridad que le pertenece, y el error se oculta en los cerebros limitados de los tontos y en el seno de la superstición.»

En su viaje á la Prusia Oriental fué su compañero el libro de Wolff, y en 18 de julio escribió desde el campamento de Wehlau: «A pesar de las fatigas del viaje y de las ocupaciones del servicio militar que me incumben, no pierdo á mi Wolff ni un momento de vista. Él es el foco á donde se dirige toda mi atención; cuanto mas leo su obra, tanto mas crece mi satisfacción. Admiro la profundidad de este filósofo, que ha analizado la naturaleza como ninguno antes de él, y

(1) Véanse: *Mémoires de Brandebourg*.

que ha tenido la suerte de explicar cosas que antes no solamente eran oscuras y confusas, sino completamente incomprendibles. Me parece que cada dia veo mas claro y que con cada frase suya que estudio se me aparece una nueva luz. Es un libro que todo el mundo debería leer para aprender cómo hemos de usar de nuestra inteligencia y cómo hemos de servirnos de la ilación de las ideas cuando investigamos la verdad.»

Dos dias despues de su entrada en Rheinsberg escribió, todo lleno de la doctrina y de los padecimientos de Wolff, la primera carta, citada ya, y tan memorable, á Voltaire, en la cual vemos á Federico convertido en filósofo, pensador y literato. En esta carta prodiga elogios entusiastas al autor de la *Henriada*, de *César* y de *Alcira*; pero lo que le mueve á entablar correspondencia con Voltaire no es la poesía en sí, sino el espíritu filosófico que encontró en todas las obras de aquel escritor. Así decia: «A las cualidades eminentes del poeta añade V. un sin número de conocimientos, que si tienen cierta relación y afinidad con la poesía, lo deben á su pluma que ha sabido descubrir su lado poético. Jamás ha tratado poeta alguno ideas metafísicas en verso; este honor ha quedado reservado á V. Pues bien, este gusto por la filosofía que reflejan sus escritos, me impulsa á remitir á V. una traduccion de la acusación y justificación del señor Wolff, el filósofo mas célebre de nuestros dias, cruelmente acusado de ateísmo y de incredulidad, porque ha llevado la luz al ríacon mas oscuro de la metafísica, cuyas cuestiones ha tratado clara y noblemente convirtiéndolas de opacas en transparentes. Este es el destino de los grandes hombres: su genio superior los expone siempre á las flechas envenenadas de la calumnia (2).»

A Voltaire conmovió mucho esta carta. Su satisfacción fué grande; el homenaje que le presentaba un admirador tan distinguido le causó un placer indecible; la conquista que acababa de hacer, sin sospecharlo, en el extranjero, mientras se mortificaba en su patria en el suplicio de Sísifo, le causó una alegría tanto mayor cuanto que debía este triunfo á su calidad y á su arduo trabajo de pensador y maestro del público. Lejos, muy lejos de Francia, habia germinado la semilla que por lo pronto habia de encontrar en su patria solo perseguidores y á lo mas alguna que otra aprobacion oculta; y á la sazón se le presentaba un príncipe jóven [admirador entusiasta de una sabiduría que parecia á los monarcas y sacerdotes una rebelión punible. Los sentimientos nobles de Voltaire le impulsaban á luchar impertérrito y erguido contra la superstición y la opresión del pensamiento, y en defensa de los perseguidos y oprimidos. En estas luchas era siempre, lo que no era en otros asuntos, es decir, noble, caballeresco, generoso y desprendido, un Bayardo sin mancha ni temor. Este era el mejor rasgo de su carácter, el sentimiento mas noble y puro de su corazón; y esto era lo que ya en 1736 habia descubierto en él el príncipe real de Prusia, porque así debía comprenderse el sentido de su carta. Este fué tambien el sentido de la carta entusiasta del 26 de agosto escrita por Voltaire al príncipe, que dice entre otras cosas: «Habeis halagado mi vanidad; pero el amor que profeso á la humanidad, y que bien puedo decirlo, constituye mi carácter, me ha causado una alegría tanto mas pura cuanto que he visto que existe en este mundo un príncipe que piensa como un hombre, un filósofo régio que será la felicidad de su pueblo. No ha habido nunca rey alguno verdaderamente bueno, que no haya empezado como vos á instruirse, á conocer á los hombres, á amar la verdad y á

(2) Esta carta se encuentra en las obras de Voltaire, Paris 1828; y en las de Federico el Grande.

tener horror á la persecucion y á la superstición; ni tampoco puede haber príncipe, que lleno de estos sentimientos, no sea capaz de restablecer en sus Estados la edad de oro.»

Alimentar este mismo sentimiento en el pecho del príncipe Federico fué el propósito fundamental que se trasluce en todas las cartas que Voltaire le escribió. En una de ellas del año siguiente le dice: «Uno de los mayores beneficios que hareis á la humanidad consistirá en derribar la superstición y el fanatismo, y en no permitir que personas que visten talar ó sotana persigan á otras porque no piensen como ellas.» En la imaginación de Voltaire flotaba una idea de alianza de reyes y filósofos con el fin de libertar á la humanidad venciendo y confundiendo á los potentados de las tinieblas. Los sofismas clericales habian engendrado y divulgado la idea errónea de que los hombres pensadores eran enemigos del orden y perturbadores de la obediencia y de la paz entre los ciudadanos. La verdad, dice Voltaire, es todo lo contrario: los filósofos solo piden que se les deje tranquilos; quieren vivir en paz bajo el gobierno existente allí donde se hallan, mientras no hay un solo teólogo que no trabaje ó quisiera hacerse dueño del gobierno del país donde vive.» Este es el estribillo de todas las cartas de Voltaire á Federico, lo mismo cuando discurre con calor que cuando habla con frialdad. Todo lo demás no son sino medios que emplea para llegar al punto principal para él, que es no dejar salir al genio maravilloso del príncipe de esta senda favorable al bien de la ilustración. No faltaban defensores de esta causa entre los hombres pensadores y escritores; pero no habia un hombre influyente, poderoso y enérgico que hiciera con su ejemplo y su fuerza soberana lo que los hombres de pluma se esforzaban en vano por hacer.

No sospechó sin embargo Voltaire hasta qué grado el futuro rey de Prusia era hombre de energía; porque aun en abril de 1740 soñaba en una corte de musas que el «vencedor de Maquiavelo abriría en cuanto llegara á ser rey; rey de paz que desenvainaria su espada cuando Marte y la política le señalasen la ocupación de Julish y Berg, pero que estaba pronto tambien á envainarla cuando lo exigiera el bien de sus súbditos y del mundo; un rey al cual prestarían homenaje todas las bellas artes, bajo cuyo gobierno se desarrollarían exuberantes la pintura, la música, la elocuencia, la historia y la física; que levantaría un teatro y fundaría una academia. Todos contribuirían á la gloria de un príncipe nacido para gobernar y ser amado.»

Voltaire se figuró al príncipe Federico como un genio meditabundo, un carácter que prefería los trabajos y deleites intelectuales á todos los demás; y le confirmaron en este concepto el calor y sentimiento con que el príncipe confesaba su fe en Dios en medio de sus discursos metafísicos. Las odas tan fervorosas que compuso entre enero de 1737 y abril de 1738 sobre la bondad de Dios y el amor que se le debe profesar, y mas todavía el reconocimiento conmovedor que en una carta del 26 de diciembre de 1737 hizo de la omnisciencia de Dios y de la sujeción del hombre á la sabiduría divina y á la materia, dieron á conocer á Voltaire el contraste fundamental que existía entre su modo de considerar el mundo y el del idealista alemán de las escuelas de Wolff y de Leibnitz, no obstante el alto grado de ilustración de ambos y la mucha aversión á dogmas, supersticiones y clero. Mas de tales antecedentes le pareció que para la vida práctica en este mundo solo podían resultar como consecuencia la renuncia á la actividad individual, independiente, y la vida quieta y pacífica del filósofo y amante de las bellas letras. Sin embargo cabalmente en aquellos meses cuando el príncipe Federico al parecer se dedicaba exclusivamente á meditaciones religiosas y metafísicas, tenia fija la atención en cuidados y pro-

yectos de carácter muy diferente, cuidados como prusiano, y proyectos como futuro rey y hombre de estado.

Habia seguido atentamente en la correspondencia diplomática que le comunicaba el ministro general Grumbkow las señales precursoras de la tempestad política que debía descargar sobre la Prusia á consecuencia de la conspiración del Austria con Francia, Inglaterra y Holanda en el asunto de la herencia de Julish y Berg. Lo que decia esta correspondencia, y lo que pudo leer entre líneas, le hizo meditar profundamente. En 20 de enero de 1737 escribió con extraordinaria penetración: «Nuestro proyecto respecto de Julish y Berg ha naufragado. Con el mayor dolor y con el sentimiento natural en quien tanto como yo desea la gloria del rey mi padre, veo que no se hace todo lo que es menester para llevar este proyecto á buen término. Hasta me parece que se ha formado contra nosotros una liga secreta y que se van aglomerando nubes que anuncian una gran tempestad. Quizás fuera aun tiempo de evitarla disponiendo los ánimos mas en favor nuestro con medidas acertadas; pero lo que en esto justamente me llama sobre todo la atención es la especie de letargo que observo en nuestro campo, ahora que no inspiran nuestras armas el terror acostumbrado, porque hasta se llega á despreciarnos.»

En medio de estas intrigas secretas que descubre se felicita sin embargo de no hacer ningun papel activo y responsable, porque le queda el consuelo de que á él de nada se le puede culpar y de que quizás su cuidado y su celo por el honor del rey le presenten la situación de las cosas bajo un aspecto peor del que tiene en realidad. Al propio tiempo rechaza toda idea de imitar la conducta del príncipe de Gales, el cual por el interés miserable pecuniario se habia puesto á la cabeza del partido contrario al ministro de su padre. Respecto de este particular escribió en 7 de octubre de 1737: «Dejemos arreglar á esa desgraciada familia sus disensiones, y gocemos doblemente de nuestra concordia benéfica. ¡Qué feliz es el hombre que sabe dominar su ambición, y sofocar sus pasiones al principio, tanto mas peligrosas cuanto son insaciables y tiránicas para el individuo que las siente!» Sin embargo no se conformaba tanto como decia con la corriente política contraria á su casa, y sintiendo en su corazón la voz *tua res agitur*, aconsejó á su padre que tomara ambos ducados, el de Julish y el de Berg, á viva fuerza para que finalmente le quedase á lo menos uno; y en 9 de noviembre escribió afligidísimo estas palabras proféticas: «Sabe Dios que deseo á mi padre larga vida; pero si el caso de la sucesión de aquellos ducados no se presenta hasta despues de su muerte, no me expondré á la censura de que sacrifique mi interés propio al de las otras potencias, antes me habrán de censurar por el demasiado ímpetu y osadía. Parece que el cielo ha destinado el rey para hacer todos los preparativos ordenados por la prudencia y el acierto, antes de comprometerse en una guerra; y quién sabe si la Providencia me ha destinado á mí para aprovechar estos preparativos en la realización gloriosa de los proyectos á los cuales la prevision del rey los destina!»

La tempestad que habia previsto el príncipe real llegó en efecto, pero menos terrible que él habia temido, porque encontró al rey, su padre, en su puesto. En 10 de febrero de 1738 entregáronle los embajadores de Francia, Austria, Inglaterra y Holanda notas idénticas, en las cuales le comunicaron su resolución de proceder al arreglo de la cuestión de los ducados de Julish y Berg, pidiendo que la Prusia se comprometiese á no oponerse á que se dieran interinamente por dos años á la casa de Pfalz-Sulzbach, á contar desde la muerte del príncipe palatino reinante. En 19 del mismo mes contestó el rey negándose á toda negociación en este sentido, y reservándose terminantemente todos los derechos de heren-

cia sobre los ducados. El príncipe real estuvo en un todo conforme con esta contestación; pero no creyó que con esto se hubiera dicho la última palabra en el asunto, ni menos que la decisión definitiva estuviera en manos de la diplomacia. La acción común de las cuatro potencias había sido provocada por el gobierno francés, el cual en 14 de diciembre de 1737 envió al gobierno de Holanda una memoria redactada en un lenguaje insolente y pretencioso por demás. Al conocer el príncipe real de Prusia el texto de esta memoria, escribió al ministro Grumbkow en marzo de 1738: «Parece que se está oyendo la arenga insolente que dirigió Popilio Lena á Antiocho rey de Siria. No se pueden llevar mas lejos la presunción y la altanería. Parece que la Francia no quiere reconocer fuera de Dios Padre á nadie superior á ella, y que oponerse á los decretos de Versalles es oponerse á los de Dios. ¡Qué impertinencia!»

Juzgó pues útil influir en la opinión pública de las naciones cuyos gobiernos ciegos amenazaban conducirlos á un abismo; porque era evidente que los pueblos inglés y holandés habían sido alucinados por intrigas palaciegas miserables: que no reparaban en hacer traición á la Prusia, aliada natural de aquellas potencias protestantes, á fin de entregarla cabalmente á sus enemigas eternas, la Francia y el Austria. Por otro lado favorecía el plan del príncipe la circunstancia de que aquellas naciones protestantes eran también las que tenían una prensa política é independiente, y el príncipe la quiso aprovechar para abrir los ojos á los ingleses y holandeses.

Con este objeto escribió sus «Consideraciones sobre el estado actual del cuerpo político de Europa,» especie de amonestación elocuente que debía publicarse primero traducida al inglés en Londres y luego en idioma francés en Holanda, para despertar á estas dos naciones á las cuales el autor veía «dormidas en los brazos de la seguridad y en el regazo del descuido.» En este escrito apenas se alude á lo que acababa de pasar á la Prusia, y solo se menciona accidentalmente la memoria del gobierno francés sobre el asunto de Julish-Berg entregada por el embajador francés Feneion en el Haya, porque convenía no dejar traslucir que el autor de las consideraciones defendía los intereses prusianos. El fondo gira sobre el estado general político de la Europa, situación precaria, insegura, y condenada á derrumbarse si la preponderancia acumulada en un lado se arroja con todo su peso sobre la parte débil que la rodeaba. Con esto quedaba dicho que el peligro que amenazaba á cualquiera de los débiles, como por ejemplo la Prusia, amenazaba también á los demás. Después menciona la política de conquista que la corte de Madrid hacía con éxito creciente en Italia y examina las extralimitaciones sistemáticas que estaba cometiendo la casa de Austria en perjuicio de la constitución y las elecciones del imperio germánico. El punto principal de la obra era sin embargo la política de Francia, que habiendo aparentado durante muchos años ser una política de paz y de renuncia á toda ambición exterior, de repente se había presentado en la última guerra de Polonia otra vez impulsada por su pasión incurable de conquistas y de dominación universal. Con sátira mordaz pinta el modo de proceder del cardenal Fleury que pudo hacer creer á todo el mundo en los deseos de paz y en los sentimientos generosos de la Francia, para después por el mismo amor purísimo á la paz emprender una guerra grande, y librar al imperio germánico, también por pura generosidad francesa, de la Lorena, provincia tan molesta y peligrosa. Con esto había abierto una vía nueva para llegar á los fines antiguos, á los cuales jamás había renunciado; siendo uno de ellos tener el Rhin por frontera natural por el lado Nordeste. Ya están en

su poder, decía, las Termópilas de Alemania, y solo faltan el Luxemburgo, Tréveris, Lieja, las plazas fuertes que forman la barrera de Holanda, la Flandes y otras menudencias fáciles de adquirir de vecinos impotentes ó ciegos que disputan por vanas preferencias y se dejan engañar con dinero y frases. La Francia socava por sus fundamentos un mundo de Estados soberanos, que unidos serían invencibles, dividiéndolos y enredándolos, procediendo de la manera que procedió el rey Filipo de Macedonia con la Grecia libre. La Francia, como la antigua Roma, se mezcla en todas las contiendas y disensiones, se hace árbitra de todas las cortes y pueblos, de la guerra y de la paz, y todo esto por puro amor á la paz, para que no se turbe, para que la justicia reine en todas partes, y cada país tenga lo que le pertenece. Así, dice, nos lo cuenta el cardenal para adormecer á las potencias marítimas á fin de tener tiempo de realizar sus proyectos antes de que despierten, porque una vez realizados no quedaría ya medio de combatirlos.

¿En qué estado se halla pues el mundo político en Europa? Por un lado la fuerza bruta, y por el otro la debilidad; allí afán de conquistarlo todo, y aquí impotencia de defender nada. El mas poderoso manda, y el débil obedece; aquel se sale de su cauce y como río furioso se lo lleva todo, resultando una serie de cambios completos, un caos de confusión. Esto es el porvenir de Europa.

Este notable escrito no llegó á verse impreso, y fuera de Grumbkow y Voltaire no lo leyó nadie, hasta después de la muerte del rey Federico II, que fué cuando se encontró entre sus papeles y se publicó por primera vez en 1788 en las «obras póstumas» del rey de Prusia.

En el juicio lisonjero que hizo Voltaire en su carta del 5 de agosto de 1738 se conoce sin embargo su satisfacción de que este escrito incendiario dirigido contra el cardenal Fleury no viera ya la luz pública, porque desde principios de abril el cardenal había cambiado de rumbo respecto de la Prusia, y este cambio repentino tan sorprendente había modificado también la situación. Razones políticas se oponían pues á la publicación de una acusación tan formidable, lo cual no impidió que Federico perseverase en su modo de considerar las cosas.

En esta contestación había comparado Voltaire á su país con un individuo opulento que hallándose rodeado de vecinos todos arruinados y quebrados, adquiere á bajo precio sus propiedades, y luego hace la pregunta singular, de si realmente es opinión general en el imperio germánico que la Lorena es una de sus provincias.

A esta carta contestó Federico á su vez en 11 de setiembre diciendo: «La comparación que hace V. no puede ser mas feliz, porque demuestra exactamente la causa de la superioridad de los franceses y de la debilidad de sus vecinos, al paso que permite prever al través del velo que cubre los siglos venideros el constante aumento de la monarquía francesa. Esta causa fundamental es el impulso incesante y perenne de ese país, reunido en un solo cuerpo bajo una cabeza despótica, que según todas las probabilidades se apropiará algún día todos los países vecinos. De esta manera se apoderó de la Lorena por efecto de las discordias interiores del imperio alemán y de la debilidad del emperador; pues que la Lorena en todo tiempo ha estado considerada como territorio alemán y formó parte de la circunscripción borgoñona, que se apropió la misma Francia.

Estaba tan convencido Federico del derecho incontestable de la Prusia sobre los ducados de Julish y Berg y de la necesidad de hacer valer este derecho con las armas, que presentía grandes sucesos próximos con este motivo, tanto que escribió á Voltaire como cosa segura: «La muerte

del príncipe elector palatino me proporcionará la ocasión, tanto tiempo deseada, de conocer á V. personalmente. Sin que pueda decir porqué ni cómo se ha apoderado de mí este pensamiento, espero este suceso para la primavera próxima. La primera consecuencia infalible de esta muerte será nuestra marcha á Julish y Berg, y en este caso ¿no podría la marquesa ir á alojarse en esta obra parecía haber abjurado el autor todo lo que podía perjudicar á su carácter de rey cuando subiera al trono de su padre; se presentaba como un príncipe enemigo acérrimo del maquiavelismo, y para Voltaire un rey de esta condición prometía una edad de oro y de justicia.

Nadie fuera de Federico ha emprendido ni emprenderá tampoco refutar el *Príncipe* de Maquiavelo, por la sencilla razón de que es empresa imposible. Puede y debe condenarse y rechazarse el empleo é imitación de los medios inmorales y horribles, que el ingenioso florentino recomienda con sangre fría al lado de otros medios buenos y aun honrosos; pero esto no es refutar, porque solo se refuta un sistema con su propia lógica, basándose sobre sus propias premisas, y para esto no basta descubrir en él alguna que otra contradicción, ni aun esta ó aquella conclusión equivocada, ni la indignación mas justa y sincera que inspira el espíritu general del sistema. Ni hay hombre capaz de refutar que la política de hoy como de siempre es y ha sido lo que pareció á Maquiavelo, á saber, el arte de asegurar el éxito; ni hay hombre capaz de refutar que el método seguido universalmente en política es la guerra, hecha con las armas que nos convienen, sangrientas ó no, según el caso, las exigencias de la situación, de la época y de las demás circunstancias, pero siempre con el objeto supremo de salir victorioso. Es igualmente innegable que el jefe de un Estado, siempre responsable de la suerte ó de la desgracia, del bien ó del mal del pueblo cuyos destinos rige, no puede ser libre y dueño de ajustar su conducta á las reglas de la moral social, como es obligación del individuo particular, que solo es responsable de su conducta personal, y no del bien ó mal éxito de sus actos. El punto que con frecuencia suele pasarse por alto en la discusión puramente abstracta de este problema, el mas insólito, espinoso y sutil de moralidad, es la *responsabilidad* que incumbe al jefe del Estado en el bien y el mal de la sociedad (1).

El mismo príncipe Federico no dejó de conocer en medio de su ardor, que se presentan situaciones fatales, que obligan á los jefes de los Estados á faltar á alianzas y tratados, es decir, á la moral social; y en el prefacio de su «Historia de mi tiempo», escrita en 1746, ó sea 7 años después, confiesa francamente: «Nuestro deber de gobernantes es velar por la suerte de nuestros pueblos; si vemos que les amenaza un peligro á causa de alguna alianza, tenemos que faltar á esta antes de consentir aquel; así se sacrifica el soberano por el bien de sus súbditos. Todos los anales é historias del mundo presentan ejemplos de esta regla, y en realidad no se puede tampoco proceder de otra manera. Los que condenan semejante conducta sin consideración, son

gente que mira la palabra dada como cosa sagrada á la cual nunca debe faltarse, y tienen razón; yo como particular pienso como ellos, porque el hombre que empeña su palabra ha de cumplirla aunque haya prometido imprudentemente alguna cosa perjudicialísima á sus intereses, atento que primero es la honra y después el interés; pero un soberano que se compromete no queda comprometido él solo, porque en tal caso sería un simple particular, sino que obliga á menudo á dilatadísimos reinos y comarcas, exponiéndolos á infinitas desgracias; por manera que es mejor que el soberano en tal caso falte á la palabra que no que se arruine una nación.» Aquí se ve que Federico ni siquiera hace la reserva que admitió en su Refutación del *Príncipe*, á saber, que solo había de obrar así en último extremo, y que aun entonces estaba obligado á advertir á su aliado su propósito en tiempo hábil.

Mas rudamente defiende este derecho de faltar á lo pactado el *Tratado político* de Espinosa que dice: «Un tratado es válido mientras subsiste la causa que lo motivó, á saber: ó temor de algun daño ó esperanza de un beneficio. Si desaparece este motivo para una de las partes, esta recobra desde aquel momento su libertad, y el compromiso se deshace por sí solo. De aquí resulta que cada Estado tiene el derecho individual de anular alianzas, siempre que le convenga; sin que pueda reconvenirse de haber obrado traidoramente ó con doblez, pues que con el temor ó la esperanza que motivaron la alianza desaparece su condición fundamental. Además no se forman convenios para épocas futuras sino en la inteligencia y suposición de que sigan invariables las causas que los motivaron, pero variando estas, varía también toda la situación, y por eso cada parte contratante se reserva el derecho de mirar por su interés, de ser libre, é impedir que la otra potencia pueda luego ensanchar su poderío. Si un pueblo se queja de haber sido víctima de un engaño, no puede acusar á nadie sino á su propia necedad que le ha llevado á confiar su salvación á otro y no á sí mismo, porque aquel otro es una entidad también independiente cuya propia suerte es su suprema ley.»

La preferencia que tiene la razón del interés del Estado sobre todos los compromisos fué expuesta por Maquiavelo sin ambages ni consideraciones, de una manera seca y brutal y con razón excitó la indignación de aquella época de ilustración y de humanidad; porque á pesar de que aquello que se encontraba inmoral en la obra de Maquiavelo no era mas que la práctica de todos los papas, príncipes y repúblicas de aquel y de otros siglos, no era lo mismo tolerar una práctica perversa que elevarla á regla y ley; y siendo innegable el inmenso peligro para soberanos y pueblos que encerraba la teoría que se llama comunmente «maquiavelismo», era naturalmente un propósito nobilísimo para un rey entre los pensadores, y un pensador entre los reyes, hacer con sus escritos y ejemplo cruda guerra á tan nociva doctrina.

Esta misión desempeñó Federico II de una manera cumplida, no con aquella refutación escrita, sino con el conjunto de sus actos como legislador y como gobernante; pero esto no es refutar á Maquiavelo; la doctrina del *Príncipe* no es lo que después se ha dado en llamar *maquiavelismo*, porque los medios que propone para alcanzar éxito en los planes y proyectos políticos solo son una parte de ella; y aquel que la juzga solo por los capítulos que tratan de estos medios, como se ha estado haciendo durante algunos siglos sin cuidarse del objeto del autor, objeto que á su juicio santifica los medios mas perversos, no comprende á dónde va Maquiavelo. El fin y objeto que perseguía este autor nos lo descubre el título del capítulo 26 de su célebre tratado, que dice: «Exhortación para librar á Italia del yugo de los extranjeros,» y esto varía toda la cuestión.

(1) Teoría peligrosa del *salus populi* que esperamos en Dios no sea exacta en el porvenir, aunque ahora tenga todas las apariencias de exactitud. (N. del T.)